

Ya has volado y llegado, Antonina

(Lectores, con vuestro permiso)

No he podido menos de contar mi experiencia de la enfermedad y muerte de mi hermana. Quiero ser fiel, y no defraudar a mi ser de creyente en Jesús de Nazaret, el Cristo resucitado, ya que el sueño, que quince días antes de su muerte tuve, me obliga a comunicarlo.

Era la noche de la vigilia de Pentecostés. Los dos pensamientos que me despertaron (me levanté para encontrar exactamente las citas) fueron : *“Dad gloria a Cristo, el Señor, y estad siempre dispuestos a dar razón de vuestra esperanza a todo el os pida explicaciones”* (1Pedro,3,15) y la siguiente correspondiente al Concilio Vaticano II, cap. 1 de la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, que dice : *“Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son, a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo...”*

Estos dos preciosos textos me han motivado a contar algunas experiencias de estos largos meses con mi hermana enferma de cáncer terminal .

Lo primero que me brota del corazón es deciros que unas veces a solas (tanto de noche como de día), y otras veces con algunos amigos íntimos, con algunos familiares y, sobre todo con ella, he derramado lágrimas a tragos. La pena de perderla era tan grande que el corazón se me rompía. La persona más querida en estos momentos en mi vida se me iba a ir para siempre.

De tres a cuatro meses anteriores a su fallecimiento, al llamarme otra hermana que con ella estaba cuidándola y diciéndome cómo la encontraba, inmediatamente la llamé por teléfono y le dije:”Antonina, majilla, inmediatamente después de comer (era domingo) voy a verte. Y te voy a dar la Unción de los enfermos, ¿te parece bien? Claro que sí, me respondió.” Avisé a las dos hermanas mayores y a un sobrino para que nos llevara en su coche y a las cuatro de la tarde nos presentamos en el convento de religiosas de San Sebastián, donde residía. Las hermanas religiosas ya me esperaban y estaban muy nerviosas, pues les había dicha Antonina que iba a recibir la unción de los enfermos. “Les empezaba a asustar la muerte”, algo nada extraño en nuestro medio, incluso en el religioso, como era el caso. Estuvimos alrededor de su cama mis tres hermanas, los dos sobrinos mayores, la superiora de la comunidad y yo. ¡Qué hermosura! Leyó alguna oración especial y mutuamente expresamos nuestras vivencias. La voz se nos entrecortaba y forzosamente hacíamos silencios para que el corazón recobrara su ritmo. El cielo y la casa del Padre fueron también temas de oración y conversación. ¿Como una despedida anticipada? Algo así. Interesante para todos los presentes, además de ella, para ir soltando amarras y poder volar. Después lo celebramos con unos bombones y un aperitivo. Nos sirvió a todos para tomar conciencia de la situación, aceptarla, y no temerla, aunque cada uno a su manera y ritmo. A partir ya de ese momento, y hasta el final, las conversaciones entre mi hermana y yo, que fueron numerosísimas, sabían a cielo.

La ingresan en el hospital oncológico de Donosti. Los dolores eran muchos y continuos. Prácticamente no comía, excepto algún caldo o un puré, o una simple manzanilla. Todos los días la llamaba por teléfono y siempre me decía. *“Estoy bien Joserra, estate tranquilo”*. (*Se lo decía a todos*). Los domingos a la tarde, cuando llegaba a su habitación, eran una fiesta. Su alegría y la mía eran desbordantes. Y los dos días completos que con ella pasaba acompañándola, prestándole todos los cuidados necesarios, rezando laudes y vísperas, las oraciones de la mañana y de la tarde (ella sólo me escuchaba), que a veces se alargaban por tiempo, suponían para mí unos días de auténtico lujo. Otros momentos la dejaba descansar, pues el agotamiento físico era cada vez mayor. Nos tocó celebrar juntos su cumpleaños y el mío. No faltaron flores, bombones (que repartía a las

enfermeras) y muchos cariños tanto de la familia, como de las hermanas religiosas. Tenía mi hermana algo muy especial: **quería vivir**, y se agarraba con toda su alma al hilo de vida, cada vez más débil, que la unía a este mundo: a su familia, a la congregación religiosa y a todo lo que le rodeaba. Cuando la sentábamos junto a la ventana desde donde se veía el Urumea y la playa de Gros, quedaba encantada. ¡Qué cara tan dulce y sonriente cuando le puse unos auriculares para que oyese música bonita y noticias de radio María a través del móvil! Como yo no las oía, ella me las comentaba.

Y de la muerte ¿qué? Entre nosotros dos era tema de conversación natural. Le leía textos de José Antonio Pagola, una persona que te hace refrescar en el Evangelio, pues presenta a un Jesús y a una fe en Él que te inunda de bondad y agradecimiento, que, como él gusta decir, “creer es bueno, te hace bien”. Y eso le hacía a mi hermana, -perdón- y a mí también, las lecturas y temas de conversación que manteníamos. Recuerdo un día en que, comentando un libro de un jesuita, titulado “El arte de envejecer. La ancianidad como tarea espiritual”, y concretamente un capítulo “*La muerte pertenece a la vida*”, salió el tema de nuestros padres, a los que ya pronto iba a ver allá, en el cielo. No pudimos menos que llorar, pero seguimos. Y me dijo: “eso tiene que ser maravilloso, pero qué hermoso el poderlo vivir ya en fe aquí”. Me quedé sin voz. No había oído jamás una expresión creyente tan certera, tan viva y tan espontánea; de la mejor teología que yo había estudiado, y la mejor meditación de ejercicios que he escuchado nunca. Con todo esto ¿cómo no iba a estar feliz con ella? Así que, cuando me llegaban las tardes del martes y tenía que volver a Vitoria, el cansancio físico era fuerte, y la pena de que quizás no pudiera volverla a ver al domingo próximo me hacía tragar lágrimas, pero el consuelo de verla tan contenta, tan agradecida a todos, tan sumamente consciente de todo, tan “rota, pero tan entera” iba llenando mi vida hasta tal punto que hasta el viaje me resultaba corto y agradable. Para decir toda la verdad, tengo que decir que hubo una excepción. Uno de esos martes, cuando llegaba la hora de regresar, me recliné sobre su cama y eran tan fuertes los sollozos que pensaba ahogarme; era ella la que me echó su mano libre y me consolaba. La besé y me marché. ¡Terrible! Todo el viaje lo hice llorando.

La vida de mi hermana, tan sumamente sencilla, servicial y entregada fundamentalmente a la gente pobre y enferma, tenía que acabar sus días así: muy querida y atendida por sus hermanas de congregación, entrañablemente arropada y cuidada por nuestra familia y – mención aparte – con todos los cuidados médicos y farmacológicos del hospital. No puedo menos que ensalzar al equipo de cuidados paliativos del Oncológico: unas personas de una talla humana y profesional dignas de admiración.

Antonina, con toda esta corazonada de cosas tan espléndidas que contigo he vivido, con todas las expresiones de amor y cariño que en vida te embalsamaron, con todos los amigos , muchos de ellos comunes, que en tus funerales te cantaron y rezaron, con esa “ **tu casa** “ a la que ya has llegado, y con ese recibimiento de Jesús “**ven, bendita de mi Padre**”... ¡cómo voy a estar triste!, ¡cómo no encomendarme a ti!. Recuerda aquello que te dije uno de esos días: “te vas a marchar y me vas a dejar muy solo, pero sé que desde el cielo me vas a ayudar a ser mejor persona y mejor cura”. Te *dejé volar* y has volado. Conmigo – ya lo sabes – toda nuestra familia, todos mis amigos y todos los que están encomendados a mis cuidados pastorales.

Agur

José Ramón Urbina